

2ºD: NAVIDAD. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 1,1-18.

En el principio ya existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios.

La Palabra en el principio estaba junto a Dios.

Por medio de la Palabra se hizo todo y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho.

En la Palabra había vida y la vida era la luz de los hombres.

La luz brilla en la tiniebla y la tiniebla no la recibió.

[Surgió un hombre enviado por Dios que se llamaba Juan:

éste venía como testigo para dar testimonio de la luz para que por él todos vinieran a la fe

No era él la luz sino testigo de la luz.]

La Palabra era la luz verdadera que alumbró a todo hombre.

Al mundo vino y en el mundo estaba, el mundo se hizo por medio de ella y el mundo no la conoció. Vino a su casa y los suyos no la recibieron.

Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre.

Estos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios.

Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros y hemos contemplado su gloria:

gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad.

[Juan da testimonio de él y grita diciendo.

—Este es de quien dije: «El que viene detrás de mí, pasa delante de mí, porque existía antes que yo.»

Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia: porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo.

A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer.]

LA SABIDURÍA DE DIOS

Encontrar la sabiduría de la vida es de lo más antiguo, casi lo primero a lo que se ha dedicado el ser humano desde el comienzo de su historia. La gran inquietud humana ha sido siempre **«la vida»**. Tener respuestas razonables a qué es la vida y cómo perfeccionarla, cómo alcanzar la inmortalidad, la divinidad o la iluminación perfecta.

Las lecturas de este domingo nos hablan ampliamente de esta cuestión. La primera lectura es un **«elogio a la sabiduría»**, la segunda **«nos invita a recibirla»** y el Evangelio nos presenta a Jesús como la **«Sabiduría encarnada»**, **«Palabra viviente de Dios»**.

Entre nosotros es común llamar **«sabio»** a la persona que sabe mucho, que investiga, que descubre, que inventa. Sin embargo, en la antigüedad, los sabios eran los maestros que enseñaban a la gente **«el verdadero camino de la vida»**. Eran gente prudente, equilibrada, recta, ecuánime, justa... Hoy les calificaríamos como grandes personalidades, gente excepcional, un ejemplo para todos.

Lao-Tse, el gran sabio chino del siglo sexto antes de Cristo así hablaba del sabio: **«Brilla porque no se guarda. Merece honores porque no se ensalza. Posee el mando porque no se impone. Nadie lo combate porque él a nadie hace la guerra»**. Más tarde nos dirá Jesús que **«todo el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido»**

Hay una gran diferencia entre nuestro concepto de sabiduría y el concepto de la antigüedad, la Sabiduría de la Biblia. Nuestros sabios son científicos y los sabios bíblicos son santos. Nuestros sabios buscan la perfección de las cosas y los bíblicos, la perfección de las personas. Podemos decir que la sabiduría bíblica, la sabiduría cristiana, **«es el arte de vivir bien»**.

El verdadero sabio distingue lo verdadero de lo falso, lo justo de lo injusto. Coloca como fundamento para la vida las grandes virtudes humanas: **«prudencia, moderación, trabajo, no violencia, humildad, sinceridad, justicia, amor»**. Al verdadero sabio le interesa la grandeza y la pequeñez de la persona, su soledad, su angustia de vivir ante el dolor y la muerte, la relatividad del mundo y su trascendencia. **«Busca la verdadera felicidad»**.

La verdadera sabiduría **«viene de lo alto»**. No está atada al interés o al cálculo humano. Es la **«Verdad Total»**, que debe ser **«deseada y buscada»** por cada uno de nosotros. La sabiduría es así una fuerza generadora, ella es la que da origen al hombre, a su historia y a todo el ritmo de la creación. Es la **«Sabiduría de Dios»**.

Hoy el Evangelio de Juan nos dice que la Sabiduría de Dios se manifiesta como Palabra viviente y que **«Jesús es la Palabra viviente»**. Jesús es **«el Sabio que ilumina nuestro camino»**. Es la Sabiduría en persona, la Palabra que existe desde siempre junto a Dios, pero salida de Dios para actuar **«en la creación, en la historia y en el interior de cada persona»**.

La sabiduría del cristiano no reside en saber mucho de religión o de teología, la verdadera sabiduría reside en **«confiar en la persona de Jesús»**, en **«creer que es Él quien nos revela el rostro de Dios»**, en **«creer que su Palabra y su Vida nos muestran el camino para alcanzar la verdadera Vida»**. Es una sabiduría que **«se expresa en obras»** que nos hacen salir de nosotros mismos y nos empuja hacia los demás. Es la **«capacidad de dar vida»**. El cristiano ha de ser, pues, una persona vital que **«ama, goza de la vida y la difunde»**, una persona siempre insatisfecha que nunca dice ¡basta!, que cada día descubre que **«se puede vivir más y más intensamente»**.

Cristo, la Sabiduría de Dios, **«es luz»** que separa lo tenebroso de lo luminoso, que nos hace discernir la luz verdadera de la falsa. Dice el Evangelio que **«nadie jamás ha visto a Dios: el que lo ha revelado es el Hijo Único...»** Por Cristo podemos ver al Padre, podemos **«conocerlo, amarlo, sentirlo, vivirlo»**. El cristiano es un **«iluminado»** por cuanto ha descubierto cuál es el sentido de la vida y cuál la manera de ser persona.

«Cristo nos enseña a vivir». No nos enseña con normas externas ni con amenazas o castigos. Nos enseña como luz que nos muestra **«desde dentro de cada uno de nosotros»** todo lo que somos y estamos llamados a ser. Y nos enseña también mediante personas sabias que viven iluminadas y que **«son luz y sal de la tierra»**.

Mientras que la sabiduría del mundo nos propone un futuro sobre la base de la acumulación de bienes, del poder, de la comodidad egoísta, del éxito rápido, de la competencia furiosa,... la Sabiduría de Dios se fundamenta **«en los bienes del Espíritu»**, en aquellos que no se marchitan ni pueden ser destruidos por el orín o la polilla; **«en la santidad»** de la entrega total de sí mismo a los valores del Evangelio con una vida transparente, desinteresada y sincera; **«en el conocimiento y gozo de Dios»** como fuente de amor y de verdad; **«en la esperanza»** y **«en la trascendencia»**. Y de modo especialísimo **«en el amor fraterno»**, síntesis de toda sabiduría de perfección de la persona.

Podemos decir que **«la fe es la Sabiduría de Dios en cuanto que es vivida aquí y ahora»**, con



la conciencia de ser hijos de Dios, engendrados por Él y partícipes de su vida. Pero como nos dice el apóstol Pablo, esta Sabiduría es también **«signo de contradicción y paradoja»**, pues es la sabiduría exigente que pide a la persona **«la renuncia de su egoísmo precisamente para ser ella misma»**.

Esta Sabiduría de Dios es resistida y rechazada por el hombre fatuo, **«el mundo no la conoció... los suyos no la recibieron»**; es ridiculizada y tenida por locura por cuantos siguen los criterios mundanos; es sólo conocida por los humildes, los sencillos, los pobres y los

niños. Es, en síntesis, **«el camino de la Cruz»**, asumido por amor por el bien de todos.

Todo el Evangelio es la expresión de esta sabiduría, **«el arte de vivir intensamente»** nuestra existencia, **«comprometidos con los demás»** y **«obrando libremente conforme al Espíritu de Dios»**. Razón tiene el apóstol Pablo cuando nos dice: **«el Padre os dé espíritu de sabiduría y de revelación para conocerlo plenamente... y comprender cuál es nuestra esperanza...»** ¡Que así sea!